

LA AUTONOMÍA UNIVERSITARIA Y LAS TAREAS DE LA UNIVERSIDAD

Dolly Montoya Castaño
Rectora
Universidad Nacional de Colombia

El concepto de autonomía

Autonomía significa capacidad de orientarse por los propios principios y atendiendo a los propios juicios. En este sentido la autonomía expresa la capacidad de elegir por sí mismo. La autonomía, como capacidad de elección, crece con el conocimiento y, como ejercicio de la elección, es expresión responsable de la libertad.

En su texto *¿Que es la ilustración?*, Kant plantea la consigna de la Ilustración: “ten el valor de servirte de tu propio entendimiento” (Kant, 1784 / 1986). Para Kant, la clave de la ilustración es la autonomía, la capacidad de elegir fundamentada en el conocimiento. La universidad es el lugar en donde el conocimiento más elaborado se cultiva, se comparte y se produce. Se elige más razonable y conscientemente cuanto más se sabe sobre las implicaciones posibles de la acción. Cuanto mayor sea la capacidad de pensar las consecuencias de los propios actos tanto más será posible asumir la responsabilidad sobre ellas. El conocimiento amplía el universo de la elección y es también el fundamento de una acción responsable. Autonomía, conocimiento y responsabilidad están esencialmente ligados.

Autonomía y libertad son conceptos relacionales; no se pueden entender por sí mismos al margen de la vida social. Se habla de autonomía como una virtud de la comunidad, del individuo y de la institución. Estas formas de autonomía están íntimamente relacionadas. El individuo es libre gracias a que vive en comunidad y la institución es autónoma cuando esa autonomía es reconocida por la sociedad. El crecimiento individual corresponde al potenciamiento de la comunidad

y, a su vez, la comunidad se fortalece con el crecimiento de los individuos. La autonomía de un país crece con la de sus ciudadanos y con la autonomía de sus centros de conocimiento y enseñanza superior.

El reconocimiento social de la autonomía universitaria

La autonomía universitaria expresa la libertad de acción de la universidad que, desde el siglo XII, cuando se establece como corporación¹, ha ido consolidando su derecho a orientarse por sus propios fines, basada en su compromiso central con el conocimiento. La universidad es el espacio propio del cultivo y el desarrollo del conocimiento. La sociedad necesita cada vez más del conocimiento para enriquecer su vida material y simbólica, para construir su futuro y para comprenderse a sí misma. Por esta razón la sociedad actual decide reconocer la autonomía de la universidad, como el lugar en donde el conocimiento se gestiona: se produce y conserva, se reproduce y encuentra nuevas posibilidades de aplicación.

La autonomía universitaria es indispensable para evitar que se limite o se impida la creación de nuevo conocimiento útil para la comunidad. La autonomía debe garantizar que la universidad pueda producir el conocimiento pertinente para satisfacer las necesidades colectivas y para que, gracias a la acción social y cultural que puedan producir los ciudadanos que han alcanzado su autonomía en el *campus* universitario, la sociedad pueda analizar críticamente lo que debe ser cuidado y lo que debe ser transformado para el mejoramiento de la vida social. El peor daño que puede infringirse a una sociedad es impedirle asimilar y ampliar el conocimiento acumulado útil para su desarrollo. Es

¹ Las *Constitutio Habita* de la Universidad de Bolonia se formularon en 1158, otorgaban un fuero de protección especial a todo extranjero que por motivos de estudio se trasladará a la ciudad de Bolonia. Este fuero era negociado por los mismos estudiantes y maestros, quienes para ello se organizaban en agremiaciones corporativas que recibían el nombre de "Universitas".

por esa razón que las sociedades modernas consagran en sus constituciones políticas la autonomía universitaria.

La autonomía no es una dádiva gratuita para nuestras instituciones; implica grandes responsabilidades. Gozamos de autonomía por la naturaleza del conocimiento, que requiere de libertad para construirse, y también por la función social que cumplimos. Esta función conlleva exigencias que no pueden ser ignoradas. Hoy la autonomía universitaria aparece como centro de una red que incluye la calidad, la formación, la investigación y la ética. La interacción de estos elementos hacen de una institución de educación superior un centro de conocimiento que merece autonomía por el modo como cumple su función social. La calidad implica un esfuerzo permanente por apropiarse y desarrollar las artes, las humanidades, la ciencia y la técnica, por producir conocimiento significativo para resolver los problemas de la región y del mundo, y por contribuir a la construcción y fortalecimiento del tejido social. Está relacionada con la oferta de profesiones y disciplinas pertinentes en relación con las necesidades sociales y las dinámicas del mundo del trabajo y con la formación de verdaderos ciudadanos capaces de contribuir al cambio ético y cultural que requiere la sociedad.

La red conceptual y comunicacional de la autonomía

La red conceptual de calidad, formación, investigación y ética, que pone en evidencia la complejidad del concepto y las bases de la legitimidad de la autonomía universitaria, se materializa en la red de relaciones que se establecen en la universidad. Esta red se teje en el diálogo constructivo y transparente. Este diálogo requiere de dos disposiciones: 1) querer comunicar y 2) querer interpretar. Ese querer es la razón de ser, el horizonte común de la comunicación. La formación es un proceso en el que se construye la autonomía del individuo en la red de las relaciones que se establecen en el aula y, más aún, fuera de ella, en el todo de las vivencias universitarias. Los estudiantes se forman en las interacciones que hacen posibles la docencia, la investigación, la

integración con las comunidades y las demás formas de encuentro con el conocimiento. La relación entre profesores y estudiantes es pura comunicación manifiesta como diálogo y encuentro de voluntades para compartir, comprender, aprender y crear.

La autonomía es relacional, se da en el marco de flujos comunicacionales entre diversos actores, donde juega un papel central la voluntad de comunicar: uno que quiera comunicar y uno que quiera interpretar. Allí donde existe esa voluntad es posible establecer una comunicación significativa. La universidad, en tanto persigue el conocimiento, no puede poner barreras a la comunicación. La voluntad de comunicar es esencial a la naturaleza de la universidad, convierte a la institución en un lugar de convergencias y articulaciones, expresión de la complejidad de la vida social y espacio de ciencia, ideología, arte y cultura del mundo.

Consecuencia de esa voluntad es permitir flujos de comunicación diversos. La pertinencia social de lo que hacemos como universidad es visible en tanto promueve y genera inclusión de ideas, individuos, comunidades y territorios. Pero el proceso de gestión del conocimiento no se da mecánicamente; en cada maestro y estudiante ocurre de forma única e irrepetible. Aunque se puede situar espacio-temporalmente y se puede dar razón de su pertinencia, la tarea de la universidad es difícil de parametrizar, cuantificar y, en consecuencia, de monetizar. Esta es una razón de distinción entre la universidad y la empresa, pues esta última está direccionada por la rentabilidad y la productividad, que determinan la forma y el ritmo de sus acciones. En cambio no es posible poner plazos perentorios al proceso del conocimiento, contrariando su propia temporalidad, su ser, de la misma forma que en la biología hay procesos que no es posible acelerar por más que se quiera, y se dan a su propio ritmo. Las diversas interacciones entre los miembros de la comunidad universitaria hacen de la universidad un organismo vivo.

La autonomía frente a la acreditación universitaria

Bajo la perspectiva de su función social, la calidad es un principio ético de la universidad, anterior a cualquier evaluación externa, a cualquier requisito de acreditación. Por ello las instituciones desarrollamos nuestra propia estrategia de autoevaluación. Esta estrategia apunta a la evaluación y mejoramiento de las capacidades de la comunidad, la institución y sus individuos. No podemos inventar un modelo único y exclusivo de calidad que ignore la pluralidad del sistema educativo en el que están inscritas las instituciones a las que pertenecemos. Pero sí podemos, contribuir a desarrollar nuestras instituciones y ejercer un liderazgo en el propósito compartido del mejoramiento continuo para incentivar tendencias y ritmos en el conjunto del sistema.

Los procesos de acreditación y de reconocimiento de la producción académica, pueden asumirse como un estímulo para la actualización y el mejoramiento permanente que fortalece la autonomía. Cuando la educación superior se concibe como una actividad rentable y depende del juicio externo para mantener una clientela suficientemente numerosa, las exigencias externas pueden convertirse en graves limitaciones de la autonomía. Pero cuando las universidades tienen claras sus metas y responden a sus propios criterios de calidad antes que a los evaluadores externos, cuando definen las relaciones que establecen con el entorno de acuerdo con su propia identidad y con su propio balance de responsabilidades y cuando, además, obedecen a una idea de formación coherente con su naturaleza y su historia, la respuesta a las exigencias externas se convierte, precisamente, en un espacio en donde se afirma la autonomía.

Lo misional de la universidad y el desarrollo de la autonomía

En las universidades se han definido unos principios y unos fines que se expresan en la misión y en el proyecto institucional. Estos fines alcanzan una generalidad que permite precisamente la existencia de puntos de vista, modos de actuar y proyectos diferentes que, sin embargo, pueden armonizarse y conectarse en estrategias de cooperación, potenciándose mutuamente. La resonancia posibilitada por esos fines compartidos es clave en la consolidación de la identidad institucional. Esa identidad es la referencia para el ejercicio de la autonomía universitaria e incluye los ideales formativos que orientan las estrategias pedagógicas y las relaciones entre la docencia, la investigación y la integración con la sociedad. Estos grandes fines expresan la responsabilidad de la institución con el conocimiento, con la nación y la región, con el cuidado del planeta y con la defensa de la paz, los derechos humanos y las libertades consagradas en los acuerdos ciudadanos.

El trabajo que se lleva a cabo en las aulas, el desarrollo de los proyectos de investigación y las acciones a través de las cuales la institución incide en su entorno y coopera con los sectores productivos y el Estado, así como las actividades culturales y la vida social y política de la institución, reciben la impronta de la identidad y la cultura institucional. El modo como se realizan las tareas y el modo como ocurren las interacciones internas y externas de la universidad determinan la forma y los límites de la autonomía institucional.

Sin duda existen presiones externas sobre la universidad a las cuales la institución no puede sustraerse; pero responder acriticamente a las exigencias externas por la urgencia o la ventaja económica es distinto a afirmar la autonomía estableciendo un diálogo a partir del cual se armonizan los intereses de la universidad con las necesidades de las comunidades, el Estado y los sectores productivos.

La autonomía es un principio universal y es un proceso. La autonomía universitaria comienza con el desarrollo y consolidación del proyecto académico de la institución, que es el resultado de una reflexión sistemática y colectiva sobre los propósitos, los valores y las acciones que dan coherencia al trabajo de la comunidad universitaria. En esta tarea participan sujetos que, en el ejercicio responsable de su libertad individual, contribuyen a construir los caminos de acción para el cumplimiento de las funciones misionales que hacen de la universidad lo que es y legitiman su libertad institucional. Un mayor desarrollo de las artes y las humanidades, una apropiación de la ciencia más profunda, consciente y crítica, y un mayor acceso y entendimiento de la información nos hacen más libres y responsables como instituciones científicas, autónomas, universales y corporativas.

Formación en y para la autonomía

Una educación de calidad enseña a amar las posibilidades de aprender, a valorar el esfuerzo orientado al conocimiento y a creer en las propias posibilidades de proponer ideas nuevas y someterlas al juicio crítico de los profesores y de los compañeros de estudio. Una educación de calidad es una educación que fortalece la autonomía de los participantes en el proceso educativo. Esta autonomía es fruto de la solidaridad, del compromiso con el propósito compartido. Compromiso que, en una educación de calidad toman maestros y estudiantes en el ejercicio mismo de su autonomía.

La relación dialógica maestro-estudiante se convierte en una fuente de libertad cuando el maestro ayuda al estudiante a extender sus propias alas, a volar por cuenta propia. Si esta relación toma tal forma, si el maestro induce al estudiante a ampliar su capacidad de elección, si lo acompaña en sus iniciativas, si contribuye a su autonomía ampliando su horizonte con el conocimiento e invitándolo a aprender por sí mismo a partir del estudio y de la reflexión de su propia experiencia, no solo el estudiante aprende, aprende incluso más el maestro. Gracias al diálogo el saber acumulado escapa al peligro del dogmatismo, y se convierte en oportunidad para preguntar nuevas cosas. Cuando la comunicación

pedagógica se orienta a ampliar la autonomía del estudiante, el conocimiento se vive como un descubrimiento compartido que permite también al maestro superar sus prevenciones e iniciar aventuras nuevas. Las mentes desprevenidas tienen mayor capacidad de volar.

En la relación dialógica maestro-estudiante, dos seres humanos productos de experiencias y saberes distintos que se encuentran en un ambiente compartido, con una pregunta, discuten hasta llegar a una respuesta o síntesis, que se pone a prueba ampliando las fronteras de la experiencia, y superando, con ello, las barreras del conocimiento, allí se produce una creación científica, artística, humana, técnica o tecnológica.

El proceso de formación, que constituye el objeto central de la educación, es un proceso de crecimiento interior, intelectual y ético. La sociedad confiere autonomía a la universidad porque necesita del conocimiento que esta institución produce y enseña y porque confía en la calidad de la formación que ofrece. Esa calidad está en relación directa con el conocimiento y con la ética propia de la vida universitaria.

La educación está siempre inscrita en la incertidumbre porque se trata de la interacción entre personas libres cuyo destino es diverso e impredecible, pero confiamos en que las elecciones de los estudiantes serán más sensibles a los intereses generales de la comunidad cuanto más informadas y éticas sean. Entre lo mucho que hay por aprender a lo largo de la vida, son especialmente importantes la capacidad de recoger y sintetizar la propia experiencia y la capacidad de aprovechar las vivencias para reconocer lo que hace falta para comunicarse y comprender al interlocutor, para cuidar de sí mismo y del otro, en definitiva, para convivir. Por ello, sostendremos que no se trata solo de formar en las *aptitudes* que permiten el ejercicio profesional, sino que es tarea de las instituciones educativas atender a las *actitudes* que requiere la vida social.

La autonomía como proyecto de la formación es, en consecuencia, un reto para la universidad. Nos obliga a movernos entre la tradición y el

cambio, aprender, recoger el acumulado de la tradición del conocimiento y adaptarnos para ser contemporáneos.

Así como la autonomía de los individuos es el resultado de un trabajo de síntesis de la propia experiencia y de un compromiso permanente con el conocimiento, la autonomía universitaria se soporta, no solo en el conocimiento universal apropiado por los profesores, los estudiantes y los investigadores, sino también en su propia historia. De la misma forma como la autonomía individual se soporta en el conocimiento y la experiencia, la autonomía institucional se soporta en el trabajo que a lo largo del tiempo ha permitido definir una identidad y un sentido social de la institución.

La autonomía universitaria en la investigación y la extensión

El conocimiento es múltiple en sus expresiones y en sus objetos y crece sin cesar, cambia en la historia porque es la materia y el fin de la investigación. De la misma forma, el concepto de autonomía es dinámico, está en movimiento, es proceso. Corresponde a la posibilidad de realizar libre y conscientemente una acción en un espacio social y en un tiempo histórico determinados. Así, la autonomía comienza siendo el objetivo de una corporación de estudiantes y profesores que quieren dedicarse al estudio y se consolida, asociada a la libertad de conocer, de aprender y enseñar, como condición para asumir la responsabilidad social de la universidad en una comunidad que ha aprendido que la calidad de vida de las personas depende del conocimiento.

La autonomía institucional es un producto de la autonomía individual. Por ello es preciso considerar las necesidades de los individuos, que requieren fundamentalmente desarrollar el pensamiento crítico y sistémico, que les permita valorar lo más y lo menos importante, como sujetos flexibles y capaces de adaptarse a diversos escenarios. Ello implica que las universidades seamos un lugar de formación integral, mediado por la existencia de currículos abiertos y flexibles en sus

dimensiones de lo visible y lo invisible, de lo formal y lo informal, currículos que formen individuos con actitudes y aptitudes que les permitan relacionarse activamente con el conocimiento, de modo acorde a sus propias necesidades y experiencias, y a las de las comunidades.

En un currículo abierto y flexible cabe el ejercicio de la interdisciplinariedad y no desaparecen las disciplinas, pues sin disciplinas no hay interdisciplinariedad. En este contexto las disciplinas son más fuertes, pero al mismo tiempo las distancias entre profesiones desaparecen y estas se modifican y resignifican, lo que permite formar profesionales más flexibles y adaptables.

El grado de apertura y flexibilidad responde a las necesidades del propio proceso de formación. Los seres humanos nos desarrollamos en diversas dimensiones pero no podemos saberlo o conocerlo todo, aunque podemos aprender durante toda la vida. Así, es necesario entender que el mundo se ha transformado y lo sigue haciendo, es preciso construir experiencias formativas más particularizadas, más abiertas al crecimiento diferenciado y permanente, y menos estandarizadas.

A la universidad le corresponde la formación de seres humanos flexibles, que sean ciudadanos éticos con conciencia social, seres cognoscentes que hagan crisis del conocimiento y creen cosas nuevas. Es claro que ello implica prescindir de la formación memorística. La idea del currículo abierto y flexible parte de la necesidad de una formación integral, de una formación que atienda, más allá del conocimiento de tipo especializado y técnico, al objetivo de dar a cada uno las herramientas para la vida en común, lo que requiere el ejercicio de la ciudadanía. Ello supone desarrollar estrategias como los estudios generales u ofrecer en los programas un núcleo básico que brinde las competencias que todos los ciudadanos contemporáneos requieren como individuos críticos y creadores, capaces de actuar solidariamente. Es preciso señalar que las ciencias naturales, las artes, las ciencias humanas y sociales y en general todas las áreas del conocimiento

tienen precisamente el objetivo de conocer y crear. Las distinciones entre áreas aluden a sus metodologías y a sus objetos, pero en todas es posible la creación. Todas las áreas del conocimiento y la creación son igualmente importantes para la constitución material y simbólica de la sociedad.

La autonomía universitaria debe ser construida y defendida permanentemente del dogmatismo, de la inercia, de los intereses egoístas y de las tendencias al aislamiento. La autonomía universitaria se basa, como se ha dicho, en el conocimiento, pero se fortalece en tanto la comunidad universitaria puede reconocerse y actuar como una comunidad integrada.

La autonomía universitaria se hace más fuerte en la medida en que, sin renunciar a su identidad y a sus fines, la institución piensa las necesidades de su contexto y responde a ellas. Sin embargo, el desarrollo del conocimiento no está determinado solo por los problemas que la institución encuentra en su entorno. Ella puede avanzar –y avanza– en temas que aparecen en los campos definidos por las disciplinas, cuya relación con los problemas inmediatos, generalmente, no es visible; pero no por ello deja de ser socialmente pertinente.

La pertinencia no tiene por qué significar una limitación o un sacrificio de la autonomía cuando se comprende la naturaleza propia de la universidad y su necesidad de conocer sin limitaciones. Se es pertinente cuando se conciben las tareas de la institución en el contexto de la sociedad, de los proyectos nacionales y regionales, del respeto a las diferencias culturales y de los derechos humanos; cuando se entiende, por ejemplo, la importancia de los desarrollos técnicos y científicos en el mejoramiento de las condiciones de vida y se reconoce, al mismo tiempo, el derecho a estudiar problemas muy abstractos; cuando no se ignora el papel de las humanidades y de las lenguas clásicas en la construcción de una sociedad; cuando es claro que es importante formar científicos creativos y profesionales calificados y que es esencial formar verdaderos ciudadanos. Sin renunciar a las artes y las ciencias,

las universidades eligen ser pertinentes y definen ellas mismas el sentido de esa pertinencia en ejercicio de su autonomía.

Autonomía y cooperación

En la vida social, el conocimiento debe ser complementado con la capacidad de ponerse en el lugar del otro, de imaginar sus emociones y necesidades, de “sentir” su placer o su dolor. La autonomía, acompañada de esta sensibilidad, que Martha Nussbaum denomina “imaginación narrativa” (Nussbaum, 2010), permite asumir las responsabilidades sociales y obrar libremente teniendo en cuenta a los demás. En la medida en que adquirimos el conocimiento y la experiencia que amplían nuestra autonomía, también aprendemos a reconocer y respetar a los otros. Somos autónomos en la medida en que superamos los límites del inmediatismo y del pragmatismo elemental, en la medida en que somos capaces de reflexionar sobre las implicaciones sociales de nuestras acciones y de obrar éticamente.

Latinoamérica comparte posibilidades, necesidades y problemas. Es un espacio multicultural en donde queda mucho por hacer en el terreno de la equidad y la inclusión. Todavía tenemos una inmensa riqueza material y cultural por explorar y es mucho lo que podemos aprender unos de otros. Todavía hay un camino por recorrer en el fortalecimiento de nuestras naciones. Todos tenemos la tarea de formar profesionales capaces de satisfacer las expectativas sociales sobre su trabajo y de contribuir como ciudadanos íntegros a los cambios éticos y sociales que requieren sus comunidades. Además, el trabajo de construcción y apropiación colectiva del conocimiento no termina nunca. Los cambios culturales y la conciencia de los problemas ambientales han ampliado enormemente el universo de las preguntas comunes en la investigación. Hemos avanzado en el estudio mancomunado de problemas compartidos, pero aún podemos hacer mucho más.

Intensificar la cooperación universitaria, nacional e internacional, puede producir avances notables en la investigación, pero también en la docencia y en la interacción de nuestras instituciones con la sociedad. La cooperación entre las universidades con mayor tradición y reconocimiento y las instituciones de educación superior universitaria más jóvenes, o entre las instituciones de educación superior que se han desarrollado en las grandes ciudades y las que crecen en lugares apartados con mayores dificultades, así como entre las grandes universidades y las pequeñas, es la mejor política para el incremento y el aseguramiento de la calidad. La autonomía no es ajena a esta dinámica. Las universidades se fortalecen mutuamente y fortalecen su autonomía a través de la cooperación. Latinoamérica será mucho más autónoma y fuerte si los lazos entre las universidades, y entre las universidades y las comunidades se hacen cada vez más consistentes.

Kant, I. (1784 / 1986). Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la ilustración? *Argumentos: universidad y sociedad*, 28-29.

Nussbaum, M. C. (2010). *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz Editores.